



LA HOJA
de
PARRA

EDICION ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60. Apartado 547.—Teléfono 1843.
Telégrafo LIBROJA. Horas: de 9 mañana á 4 tarde.



SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER
Sección vermouth.

MIGUEL DE CASTRO
Al abad de antaño.

DIEGO SAN JOSE
Marta la piadosa.

EDUARDO ZAMACOIS
Carta abierta.

ALEJO GARCIA GÓNGORA
Lo indefinible.

J. PÉREZ RAMÍREZ
Misterio.

J. CARMONA VICTORIO
Lo que es el amor.

L. SANZ FERREIR
Cantares baturros.

TOVAR, DEMETRIO
Y AFRODITA

Varios dibujos y retratos de
Lidia Gypsy y Amalita Escacena

LIDIA DE GYPSY

Hermosa bailarina de danzas que hace sentir el vértigo.
Su última actuación ha sido en el Teatro Romea
donde fué muy aplaudida.



5 céntimos

SECOCIÓN VERMOUTH

PERMÍTEME lector que entone un himno á la Primavera.

Los grandes poetas la han cantado, los artistas ilustres la han idealizado en mármoles y lienzos. Yo no tengo la pluma de Ovidio, porque cuando me meto á rimar me hago un «ovidio»; no poseo el buril de Fidias, porque cualquiera se «fidia» de mi buril; y no usufructo el pincel de Goya porque en cuanto mi pecadora mano coge una paleta por su cuenta la da unos meneos que acaba por desfigurarla á fuerza de brochazos. Permíteme, pues, que me ocupe de ó con la Primavera, de un

modo efímero ó si se quiere transitorio, para que no resulte que el primavera lo soy yo.

En esta época deliciosa del año, hizo el que todo lo puede el Paraíso terrenal. El anfiteatro y las butacas las hizo más adelante. Y tuvo esta feliz idea porque así nuestros primitivos y respetables padres podían andar libremente sin ropa de ninguna clase, porque el ambiente era tibio y el deseo de retazo de aquella ilustre pareja resultó por ello mucho más tibio todavía, dándose el contrasentido de que cuando la Naturaleza se vestía de galas, ellos estaban desnudos porque tenían una naturaleza refractaria á toda clase de vestiduras.

Y las consecuencias de aquella toilette tan sencilla las estamos pagando los herederos de aquellos frescos individuos: Adán arrancó la manzana y se la puso en la mano á Eva, pero ésta ¡al fin mujer! fué más sagaz y logró que fuese él quien le metiese un par de bocados en cuyo momento, un tanto libidinoso, surgió la bicha que se encargó de castigar el mal uso que estaban haciendo de los virginales encantos del Paraíso, porque «para-iso» no les habian dado aquel vergel. Total, que la bicha fué la que destruyó la virginidad del encanto. Cosa que después ha venido ocurriendo constantemente y seguirá pasando mientras el mundo sea mundo.

La primera desentumece los cuerpos y les da nuevo vigor y sangre remozada que caldea las venas y alegra la vida, haciéndola salir del letargo en que la sumió el invierno tétrico, con sus hielos y sus noches interminales. Ella hace que la savia fructifique las plantas, que germinen las semillas, que canten los pájaros en la enramada, las chicharras en el campo y las cocineras en la vera del fogón. Por su acción creadora, todo crece y se desarrolla, desde la mariposa que liva en el oloroso capullo hasta el rábano «como el agua tierno», que si no liva precisamente,



Ella.—¡Julio, por Dios, s'élteme; presiento que va á ocurrir algo desagradable!

El.—Hay opiniones; yo creo que nos vamos á chupar los dedos.

UNA PREGUNTA



—Oye, mamá, ¿por qué me dirán que á mis muñecas las tendré bien alimentadas?

cumple su misión en la tierra, como refrescante tubérculo. De ahí que el abuso de él produzca la tuberculosis. No abuséis pues, del rábano y tomar con moderación el tomate, pero fresco, porque en conserva suele no estar en buenas condiciones para el consumo y hay que andarse con sumo cuidado.

La primavera despierta el apetito y aviva el deseo. Fijaos si no, cómo en llegando esta época las mujeres están mucho más apetitosas y atrayentes. Es que la savia que recorre todo su organismo es la mar de sabia y las pone esponjosas y curruscantes como una barra de pan de Viena tierna y perdón por el símil de tahona, digno de que lo llevéis á la barra por infame, pero es la comparación más tierna que se me ha ocurrido en este momento de actualidad panaderil porque tengo la obsesión de esa nueva subida con que nos amenazan los panaderos.

Y es que ya va siendo tradicional que unas veces porque está cara la harina y otras porque se ha perdido la cosecha del

trigo, lo cierto es que coincidiendo con la entrada de la primavera, todos los años nos suben el pan.

Y hace falta que vuelva el invierno con sus hielos y sus noches eternas para que nos lo bajen.

Pero entretanto que nos quiten lo bailado.

Un pequeño REPORTER

LOS HOMBRES ALTOS



La nena.—¡Mira que oponerse á que hable con ese muchacho porque es grueso y alto! ¡Viniendo con buen fiol..

La madre.—Es que me da miedo de que te cases con Pinto ¡es un hombre tan grande! ¡Vamos que me da miedo de que... no le veas el fin!

Leed en EL LIBRO POPULAR
EL LABERINTO

novela completa por
A. HERNÁNDEZ CATÁ

20 céntimos

EL ABAD DE ANTAÑO



Vedle, rubio y colorado
como un vaso de buen vino.
Don Amor le ha por letrado
y es, como un juglar, ladino.

Cormano de Joan Roiz,
su mirada se remozó
si alguien relata un desliz
habido con leda moza.

Con densura narró
mil lances de picardía...
¡Celestina se signó
oyéndole hablar un día!

Orar... nada, en tantas horas...
Pero á fe que os dará señas
de todas las tentadoras
tentaciones de las dueñas.

Diz que un día de calina
corrió por entre maizales
á una moza; mas la indina
burló sus furias carnales,
y partió como un venablo
camino de la heredad,
que aquel abad era el diablo
vistiendo ropas de abad.

::

Tal fué el pater, que leía
versos de Ovidio Nasón
y holgaba en barraganía
con la moza del mesón.

Miguel DE CASTRO

Marta la piadosa

¿Visteis el sol por el Agosto,
cuando va alto y déjase ver ya
un poco apagado espléndido y
limpio, que no hay cosa tan bella
en la tierra que pueda igualarsele? Pues así era ésta doña
Marta de Olivares.

Aun hoy que han pasado tantos años, se me acuerda della tan reciamente cual si la tuviera delante y con ella conversara como solía.

¡Cuántas veces, siendo yo muchacho (que aún me faltaban muchos días para entrar en mozo), haciale yo los mandados y serviale de paje llevándole hasta

—Me han dicho que ya salió de la Academia tu primo Pepe y que vive con vosotros. ¡Estarás contenta!...

—Figúrate si lo estaré con lo simpático que es. Pero ¿mi marido le huele todo eso á cuerno quemado.

—¿Y existen motivos para que le huele á cuerno quemado?

—Hasta ahora á quemado, no, á recalentado nada más.

la iglesia, las tardes de novena, la sillita y el libro!

Y ¡cómo sabía agradecermelo!

Dábame menedas, confites y besos; y cierto que aunque por el entonces no se me alcanzaba grande cosa de aquestos infantiles del amor, no sé por qué gustaba en extremo de la boca de doña Marta, y antes suspiraba por sus labios, que por todo el oro del Darro y por todas las jaleas de la Habana. Gozaba notable prestigio de ser en toda la provincia la dama que mejor sabía cumplir con la Ley de Dios y á lo que yo puedo recordar de aquel lejano entonces no medraban á su lado sufrimientos ni pesares, que ella con muy buena maña y devoción sabía acallarlos todos como diz que amansa el aceite las encrespadas olas de la mar.

En el zaguán de su casa y cercana á la misma puerta tenía una alacena siempre provista de limosna que equitativamente y en nombre de Dios iba entregando á cada pobre que llegaba.

Las gentes de la ciudad, que de paso y en lo que mudábanse los tiros de las postas asentaban en este pueblo de Villanueva de la Sierra hacíanse cruces así como veían tan prodigiosa y sazónada hermosu-



El.—Tengo veinte duros para ti, Rosita.

Ella.—¡Cuánta grosería tiene una que aguantarles á ustedes! ¡Ofrecerme á mí veinte duros. . nada más!

ra en lugar tan apartado de donde pudiera lucir con todo garbo su mucha belleza.

Era fama que tenía muy buena hacienda no sólo en la villa, pero en todas las del contorno, sino que para quitarse de quebraduras de cabeza tratando con capataces y gañanes toda tenía la arrendada y así vivía ella libre y sin sobresalto alguno.

Por la Pascua ibase los días de semana santa á la ciudad y todo este tiempo sólo en oficios devotos le empleaba y de allí venía, sin duda, que por la negra penitencia á que sometía su espléndida carne un tanto flácida y apagada de color.

No había más servidumbre que la asistiese que una vieja con más años que una ermita á quien llamaban los muchachos la tía Mari-Roñas.

Una chiqueta, como de once á doce años, hija de la sacristana (y digo de la sacristana sin dar parte al sacristán) porque aquella ya era viuda cuando hoció con su merced el ayo de bienaventurados y será fines.



—Mira, allí lo llevas, y va con su mujer.

—¡Y qué cursi va la pobrecita!

Lo más del día empleábalo doña Marta en sus piadosos menesteres.

La iglesia contaba con dos ó tres efigies nuevas que la bella devota regaló en conmemoración de sus fieles difuntos. Y eran la de San Félix de Cantalicio por su padre, la de Santa Gertrudis por su madre y la de San Lucas, con el indispensable adita-

EL SEXO DÉBIL



Ella.—¡A mí tú, ya sabes!

El.—¡Bueno, mujer, bueno; á ti yo, ya sé!

mento del toro por el que durante la brevedad de un año fué su marido

Aconteció por entonces que el obispo de la diócesis concedió notables prerrogativas á un santuario que habia en los arrabales de Villa nueva de la Sierra.

Era que en él venerábase naturalmente momificadas no sé que piltrafillas de un centurión romano que merced á la palabra mágica del Santo convirtiérase á la

verdad crirtiana, sufriendo por tan acendrada prueba de Amor á Cristo el más cruento martirio que puede sufrir un hombre.

Y así como hizose pública la veneración de tan preciada reliquia, descolgáronse en masa las gentes de los pueblos circunvecinos y aun de la ciudad.

Y era el caso que el pueblecillo resultaba pequeño para albergar tan grande número de romeros, dificultad que en la pequeña proporción que podía procuró doña Marta, abriendo los aposentos de su casa, con plaza para dos huéspedes.

Y quiso el cielo que los recogidos fueren dos religiosos de la venerable y oronda orden de San Jerónimo, pero también plúgole el demonio que en toda la posada no hubiese más de una cama disponible y ésta no era otra que la de la hermosa viuda, contratiempo que la tal no tuvo en cuenta hasta la precisa hora de recogerse. Toda confusa procuró disculparse, pues ne era bien que sus reverencias durmiesen en el santo y duro suelo, y por otra parte ella no determinábase á hacer renuncia del lecho, porque un cierto resfriado que cogiera por aquellos precisos días, no tenianla sin peligro de la salud, para penitencias.

—Sólo puedo hacer —dijo humilde— y esto en honor á la castidad que tienen jurada sus reverencias, que uno dellos yazga conmigo, pero ¿y el otro? que no quisiera sino servir á entrambos..

A lo que respondió el uno que diz que era un gran teólogo.

—Todo puede arreglarse, hermana, con la ayuda de Dios. Entrambos debemos hacer oración durante la noche, dividamos el tiempo, y mientras que el uno reposa cumplo el otro sus piadosos deberes.

Parecióles de perlas y sin más luego de echar á suertes quién habia de acostarse primero, pusieron en obra la proposición.

Y así pasáronlo los padricos, como dicen los muchachos, del coro al caño y del caño al coro y doña Marta alcanzó un galardón más en aquella obra piadosa.

Diego SAN JOSÉ

¿No ha comprado usted

“El torero trágico,,?”

Precio: 30 céntimos

Carta abierta

... «Adoro en Raquel —me dices— y quiero consagrarla toda mi vida.»

¡Toda la vida! ¡Locel!... ¡Toda la vida!...

¿Y, por qué?

¿Por qué un amor donde hay tantos amores?

¿Por qué dedicar á una mujer lo que tantas mujeres buenas y elegantes y hermosas merecen?...

Sigue el ejemplo de la Naturaleza: la Naturaleza ama siempre, pero jamás ama lo mismo: su pasión, como su vida se transforma perpetuamente, y hoy es flor, mañana es pájaro otro día piedra ó nube... Querer es vivir, y vivir es cambiar, vibrando bajo cualquier forma en la grandiosa sinfonía de la pasión universal. Vive como viven los años, como viven las fuentes; variando siempre, guardando tenazmente en la uniformidad imperturbable de lo creado, su mutabilidad infinita.

Imita á los astros que nunca se detienen, á las olas que besan la playa, dejan en ella la canción de sus espumas, y luego se van... Sólo la mutabilidad, debe ser eterna.

Hojeando un viejo almanaque ilustrado y viendo allí cómo un pintor quiso representar las diversas épocas del año por mujeres so prendidas en diversas actitudes y expresiones, se me ocurrió el consejo que voy á darte.

Sin necesidad de someter tu penetración á graves torturas, reconocerás conmigo que los cuatro momentos ó fases capitales de la pasión amorosa, son la alegría, la tristeza, la fiebre desbordante que precede á la posesión y nos empuja á ella como en un vértigo, y el cansancio, el desmayo físico, la laxitud carnal que siguen al triunfo.

¿Y no vislumbras ya la semejanza pasmosa que liga esos diferentes estados del espíritu á las cuatro estaciones?...

La alegría, es la esperanza, el jago ge-

neroso de una pasión nueva, la primavera, cuerno cargado de promesas, de verdes brotes, de frutos en fáfara.

El delirio del supremo abrazo, es el estío: el sol vuelca sobre la tierra sus ardores, la vida revienta en el surco, los árboles chorrean savia, en el ambiente encalorado flota el alma sensual de las flores,



El marido.—¡Acabo de encontrar en la escalera á tu primo; y ya que viene á verte contra mi voluntad, debía saludarme por lo menos!

el musgo verdea sobre la cresta del peñón todo el año infecundo.

La tristeza, esa tristeza de los recuerdos que los buenos amantes halian tan dulce, es el otoño.

El otoño traduce la melancolía de la tarde, como la primavera tuvo el júbilo de la aurora; el otoño es el fruto que va secándose, el nido vacío, la hierba que des-

aparece, la hoja que amarillea antes de caer. Su armonía es triste: las aves emigradoras se van, los pájaros callan, en la quietud de los campos brumosos, los arroyuelos cantan, despidiéndose. El otoño es el recuerdo, el presentimiento de lo que va á morir, la nostalgia inmensa de lo pasado...

El invierno, interpreta la fatiga del bien logrado: en el amoroso torneo, los amantes agotaron sus ilusiones; la calentura de sus nervios se ha serenado. «Descansemos» dice él. Y se duermen en paz, divorciados momentáneamente por la ingratitud de los ahitos, esperando á que vuelva á lucir la primavera de un nuevo deseo.

Aceptando la verdad de lo expuesto, y siendo evidente que los espíritus femeninos traducen ó reflejan á maravilla estas crisis máximas del alma universal, de tal modo que, agrupando á las mujeres, según sus temperamentos, podría decirse que ellas constituyen las cuatro cuerdas sobre las cuales la gran Naturaleza ejecuta el soberbio poema sinfónico de sus misterios, ¿por qué no repartir la vida de los años, entre aquellas cuatro mujeres cuyo carácter responda mejor á la psicología de cada estación?..

No te rías: mi consejo no es un refinamiento del vicio, ni la epifonema de una descomedida afición á lo raro: si de la reflexión y de esa experiencia que, en el bazar de la vida, compramos volviéndonos viejos. Tú has viajado...

¿Y no te ocurrió alguna vez indignarte

contra el maquinista que te llevaba á escape por un paisaje precioso, con derrisaderos y sotos umbríos y casucas blancas donde hubieses querido dormir una siesta: ó que, por el contrario, parecía complacerse en pasearte lentamente por la deso-

lación de una llanura sin árboles?...

Tú, como yo, habrás disfrutado los exquisitos placeres de leer á solas un buen libro, ó de seguir á un guía á través del castillo romano ó del templo gótico bajo cuyas bóvedas duermen la fe y el heroísmo de otras razas. ¿Y no te sucedió que el autor del libro te diese gozo explicándote una sensación que tú, efectivamente, habías experimentado, pero en la que, por pequeñez tuya ó personal distracción jamás reparaste; ó que el guía inepto molestase tu admiración obligándote á visitar de prisa aquellos lugares donde tu alma de poeta hubiera querido recogerse en la oración solemne de la melancolía y del recuerdo?...

Pues no olvides que el mundo es un libro, y que cada día trae consigo un momento, un paisaje nuevo, una fase distinta, del gran die-

rama que compone hora tras hora, el movimiento universal.

Sigue mi consejo: busca, según la época del año, una mujer que tenga alma de estío ó de invierno, de primavera ó de otoño: ella, con la barbilla apoyada sobre tu hombro y sin otro norte que su instinto, te enseñará á deletrear el libro de la vida, obligándote á releer los capítulos más hermosos; ella, á cada momento, sabrá decir-



Amalita Escacena

Una bailarina andaluza de la clase de preciosidades; si llega á nacer en tiempos de *Salomé*, la cabeza del *Bautista* es para ni niña. ¡Ya lo creo!



El.—Resulta insoportable esto de las visitas que le haces á tu amiga; te estoy esperando hace más de una hora.

Ella.—No puedo haber tardado tanto, porque tengo la seguridad de que me he venido á los tres segundos.

te: «Sigue por aquí»... sin que jamás tengas que arrepentirte de haberla obedecido: ella, sin retóricas ni sutilezas, ni otro arte que el de darte sus labios, te traducirá la emoción obscura, el lenguaje de lo que no habla, el misterio de lo que nadie ha

INOCENCIA



La pequeña.—Tú tienes bombones y los comes á hurtadillas para no darme á mí.

La mayor.—¡Pero, niña, si yo no tengo bombones!

La pequeña.—¿Entonces por qué te decía Pepi-
to hace un momento que tienes los labios dulces?

dicho, la poesía nostálgica de los parajes donde nunca estu viste.

Los meses primaverales deberás pasarlos en una gran capital: Madrid, París, Roma, Londres... y con una mujer que te siga, á lo sumo, diecinueve años, porque el verdadero contento nace de aquel primer abrazo que la niñez da á la juventud. A esa edad, los placeres del campo y del mundo solicitarán igualmente la curiosi-

dad de tu amiga, lo que producirá en ella un desequilibrio constante, una volubilidad infatigable, un prurito loco de verle todo, de inspeccionarlo todo, de averiguar el «por qué» de las cosas, y de verle. La llevarás al campo y lo que queda en ella de niña la impulsará á correr, á brincar como una corza, á subir á los árboles para comer los frutos mal maduros aún y á adornarse los cabellos de flores. Pero al regreso, si pasáis ante uno de esos merenderos donde hay música y comedorcitos reservados para los amantes que no quieren ser vistos, tu compañera te preguntará ávida de profundizar el secreto de los placeres entrevistos: «¿Qué hay ahí dentro?»

Y así siempre: ella te aficionará á escuchar la canción de todos los pájaros y á recrearte con el aroma ó el matiz de todas las flores. Por las mañanas, te obligará á madrugar. —«¡Vámonos —dirá— que ya ha salido el sol!...» Todo despertará su sorpresa ó su risa: —«¡Mira una mariposa... mira un nido!...» La sociedad de una mujer así, te causará bien inmenso; su inconsciencia oreará tu espíritu; su alegría espantará tus penas; besándola podrás estar cierto de haber levantado á la altura de tus labios el cáliz sagrado de la vida.

Para el verano, elige una mujer robusta y sanguínea, pelinegra, cuya edad oscile entre los veintisiete y los treinta años. No busques para los meses estivales una cerebral, que hallará melancolías en la canción sana, genuinamente alegre de la naturaleza desbordándose en el apogeo de su esplendor fecundo. Esa compañera te descubrirá, mejor que nadie, la poesía vigorosa de los pueblecillos costeros, colocados sobre un peñón, entre el cielo y el mar. Tu amada alorará los trabajos físicos, los largos paseos á pie, peñas arriba; los rudos ejercicios de la natación y del remo; los días de tormenta ejercerán sobre ella fascinación extraña, y en virtud de no sé qué fenómeno atávico, el grito fragoroso del trueno la inspirará alegría salvaje. Bajo la lluvia y á pesar de los relámpagos, ella será la primera en decirte: «Ven, vamos á correr por la playa; oírás cómo rugen las olas...»

¿Qué harías en esos momentos con una sentimental á quien la sinfonía grandiosa de los vientos asustase? Ella, por el contrario, busca el peligro; su intrepidez estimulará tu contento, su fuerza excitará tu vigor. Para ella, sana y valiente, todos los verbos están en presente de indicativo: no comprende el subjuntivo cobarde;

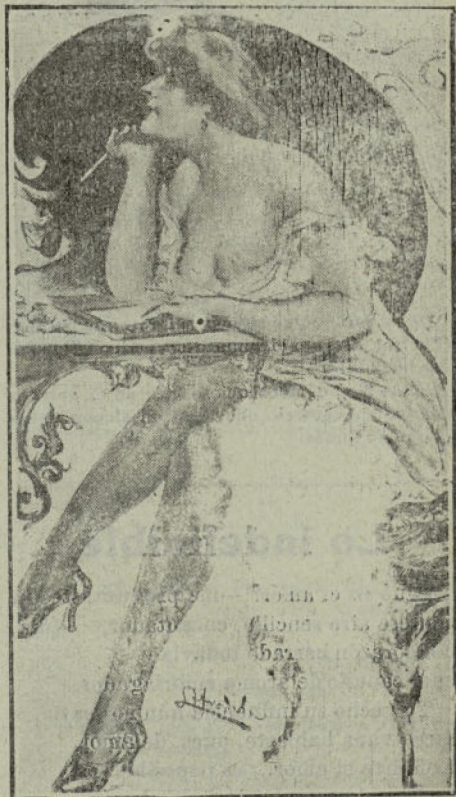
las zozobras del mañana y los recuerdos del ayer, nunca la inquietaron. ¡Admírala y quírela, porque su alegría es contagiosa! Bajo el beso de la tormenta, verás cómo sus mejillas se llenan de sangre...

En cambio, la compañera que haya de traducirte las melancolias otoñales, será una mujer alta, delgada, un poco anémica, con cabellos rubios que, bañados en luz lunar, pongan alrededor de su cabeza un nimbo dorado. La escasez de sangre dará lentitud á sus movimientos y reolanderá su voluntad; será caprichosa, pero no desatinada; sus deseos, apenas iniciados, se desdibujarán en la tristeza de un escepticismo sin consuelo. Su alma tendrá la serenidad enfermiza del otoño; si alguna vez exigiesses de su resolución un gran esfuerzo, la oirás decir: «¿Para qué luchar si, tarde ó temprano, seremos vencidos?...» Jamás pensó en el porvenir; sus ojos, eternamente cargados de nostalgias, sólo querrán mirar hacia atrás: la interesan las ruinas, la noche y el viento, y el crujir de los muebles en el silencio de las habitaciones vacías: la luna y los cementerios la inspirarán emociones que tú, espíritu fuerte, nunca hubieras sentido. El marco más idóneo para esta mujer, es también el campo. Sus labios pálidos, hablándote de muerte mientras las hojas secas se van cantando á lo largo de vuestro camino, te mecerán en el hichizo macabro del supremo descanso.

Para exorno de tus inviernos, no busques una mujer alegre, que querría abrir de par en par los balcones de tu dormitorio para ver caer la nieve; ni una sanguínea, cuya fiebre de goces arrastraría inconsideradamente de teatro en sarao; ni una sentimental, cuyas lamentaciones reforzarían demasiado la tonalidad aburrida de la estación: busca, si, una mujer rubia ó morena (en este caso el color de sus ojos ó de sus cabellos importa poco) que sea friolera y perezosa; esa gustará de levantarse tarde y odiará la calle y te enseñará la canción que los leños encendidos murmuran bajo el mármol de las chimeneas.

Nada comparable á la voluptuosidad de la pereza. Durante el día, tu compañera te impedirá ir al casino. ¿Para qué?... Mejor estás allí, junto al fuego, cerca del veladorcito donde el coñac espera y humea el café, y leyendo un libro bajo la mirada amarilla del gato que os observa desde el respaldo de un sillón. En la calle, el viento silba ó ruge: la lluvia azota los cristales; tu compañera balbucea en tu oído:

«¡Qué bien estamos aquí!...» Tus manos juegan con sus cabellos, los pies se tropiezan bajo la piel de tigre que abriga vuestras rodillas, los músculos vibran bajo el latigazo de la felicidad... Y, ya de noche, ella calentará tu lecho y sabrá hacerte reír con mimos y desconcertadas imagina-



—Pues señor, ¿y cómo le digo al marqués que han subido los mariscos?

ciones, y tus preocupaciones se disiparán, como por ensalmo, entre sus brazos y bajo el aliento de sus labios rientes...

«¿Ya pasado un año.

«¿Y después?» —preguntarás.

«¿Luego?... Nada: Haz lo que la Naturaleza te diga. Vuelve á empezar.

Eduardo ZAMACOIS



El marido.—¿Qué te pasa á ti, reina de la casa? ¿Por qué está mi Pichilita de morrito? ¡Pide por esa boquita!

Ella.—Bueno, pues quiero que no te enfades cuando encuentres colillas en mi alcoba... aunque tú no fumes.

Lo indefinible

¿Qué es el amor? —me preguntaste un día con ese aire sencillo, encantador, del corazón cerrado todavía, del capullo de aroma embriagador.

Tu pecho su influencia aún no sentía, tarea vana hablarte, pues, de amor. Definirte el amor... es imposible, te dije; el amor es indefinible...

Mas llegó para ti la primavera, mis ojos en los tuyos se fijaron, y cual suele el botón en la pradera teñirse de carmin, así asomaron á tus mejillas, por la vez primera colores que tu rostro matizaron: era el amor que, abierta ya la brecha, clavó en tu corazón la primer flecha.

Alejo GARCÍA GÓNGORA

Biblioteca Regional de Madrid

MISTERIO

La luna tiene picara sonrisa,
se guñan las estrellas,
y hasta las rosas bellas
inquieren encendidas á la brisa...

Algo anormal se nota
cuando esta noche todo se alborota;
cuando el silencio mismo
parece acelerarse en su mutismo.

El árbol cabecea,
y no porque dormita;
ese jazmín *se agita*...

La fuente, intencionada, tararea;
murmura el río y trina el ruisenior...
Algo muy grave pasará... ¿Qué es eso?...
¡A fe que tal suceso
provoca ese travieso
y enredador Amor!...

J. PEREZ RAMIREZ

DESENCANTO



—Todo lo que dicen los libros es mentira; ya no hay sátraps ni roban á las mujeres. ¡Qué asco!

Lo que es el amor

Era la hora del te. En el amplio *hall* del Mundial Palace, aristocrático hotel de la Costa Azul, una heterogénea concurrencia, compuesta de elegantísimas damas, de altos títulos nobiliarios, de especuladores de la política y de la Bolsa, de literatos y toreros de moda, dedicábase á matar el tedio entre sorbo y sorbo del aromático brevaje, en intimas y sabrosas *causeries* mientras que la orquesta de *tziganes* amenizaba el *five of the clea*, a rancando á los violines las lánguidas cadencias de un vals.

Como siempre, el tema favorito de las conversaciones constituía el amor. Quien afirmaba que sólo era un deseo genésico común á todos los animales; aquel otro, que sólo consistía en el instinto de aproximación que experimentan los sexos contrarios; cual, que únicamente era un germen morbosó producto de la médula.

—¡Alto ahí! — saltó de pronto el más viejo de los concurrentes—. Bien está que se discuta el amor; pero de esto, á conver-

tirlo en un artículo, como las judías ó el bacalao. ¡No hay derecho!

—¡Aquí tenemos á un defensor de ese amor, que nos pintan los poetas de mirar plácido y larga pelambre —interrumpió otro de los contertulios.

El amor repito, es patrimonio, como dijo el poeta del alma. Y para demostrároslo, referiré este episodio en el cual, fué protagonista Julio de Miramar

Todos sabéis la fama de audaz galanteador que en su juventud disfrutó Julio. Fama merecida por cierto, pues no hubo hembra hermosa ó fea, célibe ó casada á la que nuestro hombre no intentase apasionar en sus redes amorosas.

—¡Eso viene á robustecer nuestras teorías acerca del amor! —interrumpió uno de los oyentes.

—Calma que estoy comenzando. Julio, era de vuestra misma opinión, en aquella época. Consideraba el amor como cosa baladí, únicamente creado para satisfacer sus apetitos eróticos. Y aquí llega lo culminante de la historia. Uno de los años que volvía vo de las playas de Trouville de regreso del veraneo; me encontré en ma

40

EL GUSANO.

¡Váa...! (De una cerilla encendida á la Paloma).

LA PALOMA.

¡Pobre Gusano! ¡Tú te lo pierdes!

EL GUSANO.

(Nún las aceto, porque están verdes).

(Mutis los dos).

HABLADO

EL CURIOSO LECTOR.

Pues ¡si que son unos cuadrados!...

LA VIEJA DEL TÍTULO.

¿Te gustan?

EL CURIOSO LECTOR.

Los animales hembras, á perecer.

LA VIEJA DEL TÍTULO.

¿Y los cuadros?

37

LA GIRAPA.

Oi rait! Mi divertirme mocho.
(Hacen mutis los tres).

HABLADO

EL CURIOSO LECTOR.

Pues, la verdad, á esta fabulita no le veo yo la inmorsaleja.

LA VIEJA DEL TÍTULO

No tienes más que entrar con ellos en el cine y sentarte en la butaca de atrás.

EL CURIOSO LECTOR.

¡Comprendid! ¡Que se siente Rital
(En el lugar correspondiente aparece otro rútilo que dice: «Fábula II.—La Paloma y el Gusano de luz».

(Leyendo). La Paloma y el Gusano de de luz. A ver qué es esto.

MÚSICA

(Sale LA PALOMA, personificada por una

visita á Biarritz, con Julio de Miramar, después de una ausencia de varios años, durante los cuales, nuestro héroe, se dedicó á recorrer América, donde según me informaron había contraído matrimonio.

Hubo las expansiones cariñosas propias del caso; abrazos, mil preguntas mutuas, y, por último, una invitación por parte mía, para que me acompañase á cenar aquella noche en el Gran Casino.

Trabajo me costó vencer su resistencia á acompañarme; mas al fin, acudió por la noche, á la cena, á cuyos postres, le tenía reservada la gran sorpresa de que nos acompañasen á tomar champán dos italianas amigas mías, hermosas entre ambas y á cual más complacientes.

Pero juzguen ustedes cuál no sería mi sorpresa, al observar que Julio torció el gesto al ver que no permanecíamos solos durante el agape.

Inútil fué mi empeño en hacerle beber champán con objeto de animarle é inútiles también, las insinuaciones y miradas incendiarias que le dirigiera la pimpante italiana, que le tocó de pareja. Nuestro hombre se mantuvo en una graciosa indi-

ferencia. Casi á remolque conseguí que con su pareja, nos acompañase al hotel para acabar de pasar el resto de la noche.

Apenas hubo amanecido, la bella italiana que le había acompañado, se presentó en el cuarto donde nos hallábamos su amiga y yo, hecha una furia, increpándome por el amigo que le había presentado.

—¡Me ha dejado en ridículo! —decía—. Me ha desdeñado, á mi, que he sido codiciada por príncipes y reyes. Y al decir esto, los hermosísimos ojos de la italiana fulguraban rayos de cólera...

Cuando horas después me encontré á Julio y le insté para que me explicase el origen de su inexplicable conducta, me dejó maravillado con su contestación.

—¡Chico, estoy enamorado de mi mujer y no digo por una italiana, ni por la misma Venus, sería yo capaz de ofenderla.

Y sabéis quién era su mujer —terminó diciendo el narrador—: Pues, *una negra!*

Ahora, díganme ustedes quién es capaz de definir exactamente lo que es el amor.

José CARMONA VICTORIO

38

«cocotte» elegante que disfruta de una borrachera completamente democrática.

LA PALOMA.

¡Palomita, qué noche tan buenal
¡Palomita, qué juerga has corrido!
¡Palomita, lo que has retozadol
¡Y lo que has bebidol!

Con dos pichones de «La Peña»
y otra «paloma» como yo,
los cuatro dentro de un automóvil,
hemos dejado la población.
Hacia la Cuesta de las Perdices
nos ha llevado nuestro chófer,
y allí, en la casa de Camorra,
¡venga bailar! ¡venga beber!

Con automóvil y champán,
no hay quien se acuerde de sufrir;
por disfrutar de las dos cosas
vale la pena de vivir.

¡Palomita, qué noche tan buenal
¡Palomita, qué juerga has corrido!

39

¡Palomita, lo que has retozadol
¡Y lo que has bebidol!

(Sale EL GUSANO DE LUZ, personificado por un sereño, con chuzo, farol y llaves).

Abreme la puerta,
querido Gusano,
porque este relento
debe ser malsano.

EL GUSANO.

¡Qué bien se le nota
lo mucho que bebe
á la palomita
del 69. (Sacando la llave).

LA PALOMA.

Garrotín, garrotín, garrotín,
sube conmigo, que tengo miedo.

EL GUSANO.

Garrotín, garrotín, garrotín,
usted dispense, pero no puedo.

VOZ DENTRO.

¡Gusanoooooc...!!



Ella.—¡Mira á Pura qué descarada pasea do entre el marido y el amaxel ¿Cual de los dos tiene menos vergüenza?

El.—Eso lo sabrá ella; es la que mejor puede decir cual de los dos tiene menos.

Cantares baturros

Llano se les pone á algunos el camino de la vida; pero á muchos infelices paice que se nos empina.

Dos compras hice este año: bien m'han valio las dos, si mi mula tira bien, mi mujer tira mejor.

Andas por allí diciendo ca mi me falta un sentido:

Si es el sentido del tato, en tu cara lo he perdido.

Todo el dinero del mundo hay mujer que *nesecita*; y hay mujer que se conforma sólo con una *perrica*.

S. SANZ FERRER

Leed en EL LIBRO POPULAR

EL LABERINTO

novela completa por

A. HERNANDEZ CATA

20 céntimos

PABLO CUESTA

Se encarga del reparto de periódicos y revistas dando toda clase de garantías. Además de otras revistas reparte actualmente *El Libro Popular* y *LA HOJA DE PARRA*. Para pedidos de *El torero trágico*, escribid directamente á Pablo Cuesta, Tres Cruces, 4, tienda.

EL FENÓMENO

sigue bien desde que compra gomas irrompibles de las mejores marcas que vende

La Inglesa

San Vicente, 164, Valencia.

Catálogo gratis enviando sello.

Agentes exclusivos en Sud América

MASSIP Y COMPAÑIA

RIVADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones ESPAÑA (S.A.)

Un consejo á las señoras

que padecen de rubicundeces, lupus, etc. Tomar todos los días un Papel Yhomar disuelto en un vaso de leche ó agua muy azucarada, y desaparecer en esos defectos que afean el cutis y teniendo constancia obtendréis una piel fina, tersa y delicada como pétalos de rosa. *Gayoso*, Madrid; *Gami*, Valencia, y en las principales farmacias bien surtidas.

SEGURIDAD ABSOLUTA

La tendréis si usáis las gomas higiénicas que vende

LA MASCOTA

GATO, 4.

Catálogo gratis enviando sello.

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragicos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA y EL LIBRO POPULAR.

Francisco Pastor, Postigo San Martin, 9.

OBRAS DE LUIS ESTESO

Cincuenta monólogos verdes.	1 pta.	La vida cachunda.	0,20 pta.
Alaridos eróticos.	1	La reata humana.	2
Cartas para todos.	0,50	Entremeses.	1
Quince romances en chufa.	0,50	Viaje cómico por España.	1
Monólogos picarescos.	0,50	Chascarrillos y epigramas.	0,50
Cartas amorosas.	0,50	Vida de B-l monte y algo más.	0,50
Para que rían las mujeres.	0,50	Joselito tiene miedo.	0,50
Los caminos del amor.	0,50	La República del Común.	0,30
Diálogos del teatro.	0,30	Maleguñas y cantares.	0,20

OBRAS COMPLETAS: tres tomos encuadernados, 10 pesetas.

PEDIDOS A FERNANDO FE, PUERTA DEL SOL, 15, MADRID

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 256 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por CINCO pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por CINCO francos ó UN dolar.

Los pedidos, con su importe, diríjense ÚNICAMENTE A ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMETREZO, 80, 4.º DRA., MADRID (Casa fundada en 1896).

BIBLIOTECA PRIVADA.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 pta.